

Año III. - Núm. 102.
Paris 20 de Abril de 1890.

Sumario. - Ojeada a la situación: M.^{rs} Carnot en el Medio-día. Las elecciones municipales. Preliminares de la lucha. - Extranjero: El "debut" del nuevo Canciller de Alemania. La situación en la República Argentina. La cuestión militar en España. - Miscelánea: Stanley en Paris. Las maravillas del Africa.

El viaje que el Presidente de la República ha emprendido por las provincias o departamentos meridionales se prosigue en medio de la simpatía general de las poblaciones. Es inútil que nos preocupemos en dar detalles que ya conocerán de sobra nuestros lectores por los telegramas de la prensa asociada. Haremos notar, sin embargo, que en medio de los cumplimientos de ritual y cuya forma más o menos trivial suele variar poco en ceremonias de esta índole, merece señalarse el lenguaje usado por el arzobispo de Aix en el acto de dar la bienvenida al jefe del Estado. En efecto, dicho prelado habló en aquella ocasión como sería ciertamente de desear que hablaran siempre todos los representantes del clero cuando se dirigen al primer magistrado de la nación. La idea dominante que descuella en su alocución es la de que la Iglesia es una "escuela de respeto" para con los poderes constituidos. "Nosotros creemos y enseñamos - añadió el arzobispo - que toda autoridad, así la más humilde como la más encumbrada, es una delegación divina" y finalizó diciendo: "Pedimos a Dios que os conceda, señor Presidente, la gracia necesaria para soportar valerosa y cristianamente la noble misión que os ha sido impuesta en su nombre y por la voluntad nacional".

Conveniamos en que la Iglesia trabajaría mejor en pro del apaciguamiento de las querellas religiosas conformando siempre su conducta a estos preceptos, que no prosiguiendo una campaña de violencias contra las instituciones que aquí rigen por medio de la prensa y del Parlamento. El partido clerical ha hecho hasta ahora, en la práctica, caso

omiso de que la Iglesia, como dijo muy bien el arzobispo de Aix, sea "una escuela de respeto" y de que "toda autoridad es una delegación divina", pues apenas si ha dejado pasar un día sin llenar de ultrajes al gobierno legítimamente constituido y al jefe del Estado. Esta campaña de injurias se ha recrudecido de una manera violenta a partir del día en que quedó acordado el viaje de Mr. Carnot al Mediodía. Los periódicos de la Derecha, como hacíamos ya notar en una de nuestras crónicas anteriores, acogieron la resolución del Presidente con toda clase de injuriosas cuclufletas. La idea de este viaje ha puesto furiosa a toda la prensa reaccionaria. A este propósito podríamos citar los más absurdos conceptos de que los periódicos de la Derecha vienen llenos estos últimos días. Baste decir que tienen la pretensión de demostrar que esos viajes del Presidente son "una anomalía", que el aparato de los honores tributados al jefe del Estado es "un ultraje a los principios, a las tradiciones y a las costumbres de la Democracia." En resumen: tienen la pretensión de establecer que si "un monarca puede y debe viajar por que diéndose cuenta de las necesidades y aspiraciones del país, él, como detentor del gobierno, se halle en el caso de poder satisfacerlas", en cambio el viaje del Presidente de la República no puede tener - dicen - "ningún resultado práctico". ¿Para qué continuar copiando ^{dislates?} absurdos?

El hecho es que, después de todo, quien más ha perdido en este asunto es el joven duque de Orleans, que estaba a punto de ser escarcelado, y cuya gracia de indulto ha sido indefinidamente aplazada gracias, más que a otra cosa, a la imprudencia y descortesía de que han hecho ridículo alarde estos días sus amigos y correligionarios. Diga lo que quiera el ilustre presidario, como aquí le llaman algunos, lo cierto es que, a su edad y en plena primavera, no tiene nada de agradable vivir encerrado entre cuatro paredes, cuando se pasean libremente por ahí y hacen de su capa un sayo los mismos que por su trop de zèle, primero, y últimamente por su falta de consideración y de respeto al jefe del Estado, han privado a éste de ejercer un acto de generosidad, que ahora todo el mundo le hubiera aplaudido. Lo que pueden la pasión de partido y las amidades oficiosas.

+
+
+

Estamos en los preliminares de la lucha electoral

De cuyo desenlace vamos a ser testigos el próximo domingo. No diremos nada de extraordinario si decimos que el combate será reñidísimo, tan reñido quizá - y no es poco decir - como el que señaló con piedra miliaria las célebres elecciones del 27 de febrero de 1889, fecha en que el general Boulanger consiguió en París, en el corazón de Francia el más ruidoso y el más inaudito de los triunfos.

Para esta nueva elección, los partidos todos y la falange innumera de candidatos por ellos consagrada, se mueven y se agitan de una manera prodigiosa y verdaderamente extraordinaria. Las reuniones suceden a las reuniones, los programas a los programas... Las paredes de los edificios públicos están llenas de papeles multicolores, los periódicos rebosan dando cuenta de las conferencias que por todas partes se celebran; a juzgar por el movimiento inusitado que se nota, por el ruido que de todas partes se levanta, diríase que las elecciones del domingo van a decidir para siempre de la suerte de Francia. Esto no debe extrañarnos, sobre todo recordando que los políticos de este país profesan la teoría de que, puesto que París es el cerebro del mundo (como dijo Víctor Hugo), ganada la elección en París, se tiene ganada la opinión de toda Francia. A bien que siguiendo esta lógica peregrina, también podrían decir que, ganado París, ganado el mundo entero.

Los boulangistas comprenden que esta vez va de veras en aquello de jugar la última carta. En el estado de desconcierto en que se hallan, realmente no les queda más que esta última trincheira para sostener los restos de su perdida preponderancia, y así se explica que pongan de su parte todo el empeño rabioso del naufrago que se acoge a la última tabla, esperando hacerse suya la mayoría del Consejo municipal, aunque sea con el auxilio de los reaccionarios, para tener constantemente en jaque el gobierno y darle un qué sentir mañana cuando tengan lugar las elecciones senatoriales.

Sería muy aventurado predecir de una manera más o menos aproximada a la verdad el resultado de la lucha del domingo. Los republicanos, los monárquicos y los boulangistas se batirán con igual denuedo, y como las fuerzas - unidos los últimos contra los primeros - están bastante equilibradas, sería una pretensión temeraria en nosotros anticiparnos a decir cual será la fracción que llevará mejor parte en la disputada victoria.

El nuevo canciller de Alemania, general Caprivi, ha hablado, y todos convienen en decir que el sucesor de Mr. de Bismarck, no solamente no lo ha hecho mal en este su primer discurso de entrada en la vida parlamentaria como representante de los poderes públicos, sino que ha superado hasta cierto punto a su antecesor en la finura y habilidad con que ha sabido conquistarse en su favor, desde el primer momento, la simpatía general y aún la benevolencia de las oposiciones. También se dijo lo mismo en otro tiempo de Mr. de Bismarck. No negaremos que Mr. de Caprivi ha sabido salvar con gran talento las primeras dificultades de su debut parlamentario; diremos más: en los elogios que ha tributado a la obra llevada a cabo por su antecesor y en la crítica indirecta que ha hecho de los procedimientos de Mr. de Bismarck en sus últimos tiempos de dominación, Mr. de Caprivi estuvo realmente habilísimo y no lo hubiera dicho mejor el más consumado hombre de Estado. Ya veremos si no tardar si los hechos corresponden a las palabras.

* * *

Las dificultades financieras que atraviesa la República Argentina de algunos meses a esta parte, dificultades que han llegado hasta el sumum en estas últimas semanas, preocupan grandemente a todo el mundo, y la prensa parisién dedica a ello una gran parte de sus columnas, si bien no siempre lo hace en los términos debidos y con la justicia que la nación argentina merece.

Cierto, es innegable que los gobiernos de Roca y Duarez han cometido imperdonables torpezas, y que mucha parte de lo que ocurre en estos momentos en la República de la Plata pudo haberse previsto o, mejor dicho, evitado, pero aun así y todo, entendemos nosotros que no hay motivo para declararse tan exageradamente pesimistas, tratándose de un país de tan incalculables recursos como el Argentino, y de una nación donde tanta representación tienen los intereses franceses.

Nosotros creemos - y no somos aquí solos en esta nuestra firme creencia - que la crisis terrible que atraviesa en estos momentos la República Argentina podrá durar más o menos tiempo, quizá algunos meses, quizá uno o dos o tres años; pero también creemos con persuasión firmísima y profunda, que si una mano experta se levanta, esa crisis puede encanarse y que lo que hoy es campo de ruinas - hablamos en sentido figurado

rado - mañana, quizás a no tardar, será jardín floreciente que irán a explotar los primeros los mismos que están diciendo hoy ^{a voz} en grito que aquello no tiene remedio y que, en todo caso, se han de pasar algunas docenas de años antes que la nación argentina se levante.

+ + +

Por fin los periódicos franceses, que suelen ser bastante desdenosos, cuando no insultos, cuando tratan de los asuntos extranjeros, han cesado de hablar de la cuestión militar que ha sido objeto de tanta algarabía en España. Como último eco de esa malhadada cuestión, han venido los comentarios a la carta manifiesto que ha publicado recientemente el ilustre hombre público D. Manuel Ruiz Hurrilla, dando su opinión acerca de las reformas que en su concepto deben hacerse en España en punto a la milicia. Por esta vez debemos hacer justicia a la prensa parisien: la carta del ilustre expatriado ha sido acogida con gran reserva; pero lo poco que sobre su contenido se han permitido decir algunos periódicos, ha sido lleno de la más grande cortesía en favor de España y de los que en ella representan su más alta jerarquía militar y política.

+ + +

Stanley, el gran explorador del Africa, ha estado casi todo un día en esta capital, viniendo de Cannes y de paso para Bormelas. La mayor parte de los periódicos han hablado de su venida como si se hubiese tratado de cualquiera otro extranjero de más o menos distinción pero sobre el cual no valiese la pena de llamar la atención del público. Muchos no saben explicarse las causas de una tan extraordinaria frialdad por parte de los franceses, que, por carácter y temperamento, son tan dados al entusiasmo y a los fuegos de artificios. Nosotros si nos las explicamos, por lo mismo que nos preciamos de conocer el fondo egoísta del carácter francés. Podríamos decir mucho para justificar nuestra aserción, que a no pocos ha de parecer otra vida. El espacio nos falta para tratar este tema, cuyo desenvolvimiento nos reservamos para otro día.

Algunos periodistas han visto en su hotel a Stanley, y han oído de sus labios relatos maravillosos acerca de su travesía por los inmensos bosques vírgenes del Africa. Dígase lo que se quiera, y a despecho de todo, lo que ha hecho Stanley es digno de ser cantado en un poema épico.

Arturo Viardell Boif